



Figura 16. Entrada monumental en corredor y con cuerpo de guardia de Castromaior, Lugo. Fotografía de Sonia García Rodríguez

acceso acodado para entrar en la acrópolis.

En otros casos, la entrada se refuerza mediante largos corredores de acceso, a veces excavados en el sustrato y con paredes reforzadas en piedra, lo cual permite proteger mejor el acceso ante posibles atacantes, pues los encauza desde una cierta distancia, restringe sus movimientos y los hace más vulnerables. Este tipo de acceso en pasillo (Fig. 16) se observa en los castros de Borneiro y A Graña, ambos en la provincia de A Coruña. En ambos poblados, además, podemos ver que la entrada al poblado no era sólo un lugar de importancia estratégica defensiva, ni de representación, de cara a posibles visitantes externos. Era también un espacio de importancia religiosa y ritual. Así lo podemos ver, en el caso de A Graña: en el pasillo de entrada se recogió una cabeza humana cortada de piedra, muy característica del ámbito céltico, la cual debía adornar el dintel de la puerta del castro. En similar posición debía ubicarse la aparecida cerca de una de las entradas del castro de Lánsbrica – San Cibrán de Las (Ourense). Por lo que respecta a Borneiro, lo que hallamos es todo un espacio ritual compuesto por una sauna iniciática (un tipo de santuario típico de los galaicos) y una peculiar cabaña alargada, diferente de las que aparecen en el poblado, predominantemente circulares.

OPPIDA: LOS GRANDES CASTROS DE FINES DE LA EDAD DEL HIERRO (150 a.C.- 50 d.C.)

Durante la segunda mitad del siglo II a.C. aparecen en el Noroeste peninsular un nuevo tipo de castros: se trata de grandes poblados, que multiplican por cinco, diez o veinte la superficie habitual de los asentamientos castreños existentes hasta ese momento. Su origen hay que buscarlo tanto en transformaciones endógenas que se perciben desde inicios de la Segunda Edad del Hierro (aumento demográfico, intensificación agrícola, incremento de la jeraquización social y del tamaño de los poblados), como en

circunstancias exógenas: los dos últimos siglos antes de la Era son un momento convulso en la Europa templada, que sufre la expansión militar de Roma. El margen del Imperio, como sucede con todas las periferias imperiales, es una zona de reestructuración social y de conflicto. En el caso del Noroeste, hay que tener en cuenta que desde fines del siglo III a.C. los guerreros galaicos estaban implicados como mercenarios en las guerras de la Iberia mediterránea.

Estos grandes castros que surgen ahora y que podemos denominar oppida, por su similitud con este tipo de asentamiento en otras partes de la Europa templada, implican una radical transformación del territorio allí donde aparecen, pues su papel de lugar central hace que el espacio circundante se reorganice a partir del nuevo núcleo: ello conlleva la desaparición de castros y la aparición de otros nuevos con funciones dependientes del oppidum. Su zona de distribución incluye el sur de Galicia y el noroeste de Portugal. Buena parte del Noroeste permanece al margen de esta modalidad de poblado, con algunas excepciones concretas—como los grandes castros de Elviña (A Coruña) y Campa Torres (Gijón). Las fortificaciones de estos asentamientos no suelen ser especialmente llamativas: por lo general poseen recintos simples de mampostería, no demasiado gruesos (dos metros o menos), cuya peculiaridad respecto a otros castros menores y más antiguos es que se trazaron de una sola vez y, por lo tanto, no suelen tener recercamientos ni añadidos (Fig. 17). Hay que tener en cuenta que con los oppida volvemos a los emplazamientos en lugares elevados y defendidos naturalmente. Ejemplos de murallas de grandes poblados son las de los castros de Sanfins, en Braga, o Santa Trega, en Pontevedra. Éste último posee una típica entrada castre-



Figura 17. Fotografía satélite del sector excavado de Santa Trega con la muralla resaltada. El sector que se representa en la imagen supone menos del 10% del área total ocupada por este oppidum